UNIVERSIDAD DE MADRID
FACULTAD DE MEDICINA
CATEDRA DE HISTORIA DE LA MEDICINA

FAMA Y REALIDAD DE HIPOCRATES

Prof. Pedro Lain Entralgo

Catedrático de Historia de la Medicina

La consideración de Hipócrates como "Padre de la Medicina" viene siendo, desde la Alejandría helenística, uno de los más constantes tópicos de la cultura occidental. El y sólo él habría sido el fundador de una medicina basada en la observación atenta del enfermo y construida según una verdadera ciencia de la naturaleza. Celso le llama "el primero entre todos los (médicos) dignos de memoria" (18, 12-13). Para Apolonio de Citio (III, 9, 15) sería el médico por antonomasia. Séneca (**Ep.** 443, 2) y Escribonio Largo (2, 17) ven en él "el fundador de la medicina". y Galeno, que no vacila en distinguirle con el epíteto de "divino" (K. IV, 789), le declara, desde el punto de vista del arte de curar, "inventor de todos los bienes" (K. XVI, 273) (1). Basten como ejemplo estos pocos entre los múltiples testimonios que acreditan la onda devoción hipocrática de los antiguos.

No va a ser menor durante los siglos modernos el prestigio del gran médico de Cos. Me contentaré con mencionar dos textos de excepción. Galileo, autor de un prólogo a la edición de cierto tratado seudohipocrático de Astronomía, se defenderá más tarde contra los ataques que a tal respecto le dirigen escribiendo estas significativas palabras: **"che il signore Galilei si contentera d'arer per compagno Ippocrate"** (**Opera** IV, 648). Sydenham, por su parte, no vacilará en proclamarle **medicorum Romulus** y **divinus senex.** Así todos: Hipócrates, padre y fundador de la medicina científica. Llamar "galeno" a cualquier médico lleva consigo una leve y solapada intención irónica; dar el título de **Los nietos de Hipócrates** a un desenfadado libro de humor —eso hizo el médico y escritor Félix Herce en el Madrid de 1925— oculta, bajo la indudable broma externa, una secreta actitud venerativa ante la fama de ese legendario "abuelo" de todos los cultivadores de la medicina.

Así las cosas, la rigurosa crítica filológica de los últimos años del siglo pasado y los primeros lustros del nuestro —Fredrich, Wilamowitz, Diels, Gomperz, Schöne, etc.— fue poco a poco planteando la llamada "cuestión hipocrática" réplica y miniatura de la "cuestión homérica", y el tradicional prestigio del "anciano de Cos" acabó viniéndose abajo, al menos entre los helenistas más exigentes. Ni uno solo de los escritos integrantes del amplio conjunto a que hasta entonces venía dándose el título de **Corpus Hippocraticum** podría ser lícitamente atribuído al asclepíada titular de la colección. "Hipócrates, un nombre sin obra"; frente a la indeclinable veneración de los médicos y a la iniciación de un movimiento "neohipocrático" —el intento de reconducir la doc-

(1) Sobre la imagen de Hipócrates en las obras de Galeno, véase L. García Ballester, «El hipocratismo de Galeno», en *Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Medicina*. VIII (1968), 22-28.

trina y la práctica del arte de curar al espíritu de su genial fundador—, tal era hasta 1930 la desoladora sentencia de la filología clásica.

Entonces, ¿cuándo y cómo se inició esta fabulosa y universal mitificación de Hipócrates de Cos? ¿Qué nos dicen a este respecto los más antiguos testimonios acerca de su nombre? A tales preguntas trató de responder, muy dentro de la actitud hipercrítica a la sazón vigente, uno de los más brillantes y sagaces helenistas de la Alemania ulterior a la Primera Guerra Mundial, Ludwig Edelstein, primero en su célebre disertación **"Perì aérôn" und die Sammlung der hippokratischen Schriften** (Berlín, 1931), y luego en el amplio artículo con que la **Realencyklopädie** de Paul-Wissowa quiso renovar en 1935 (Supl. Bd. IV, 1935), dos años después de que Edelstein se viera forzado a exiliarse en los Estados Unidos, su anterior y bien precaria información acerca de Hipócrates. Tomados en conjunto ambos estudios, he aquí, antes de exponer el desarrollo de su argumentación, los tres principales asertos de aquel gran hipocratista:

1.º Los primeros textos en que es mencionado el nombre de Hipócrates —Platón, Aristóteles, Anónimo Londinense— no permiten concluir que para los griegos del siglo IV fuese aquél el médico por excelencia y el verdadero fundador de la medicina científica.

2.º Habrían comenzado a cambiar las cosas a este respecto en el período protoalejandrino de la cultura helénica: un escolio a Homero (**Il.** XI, 515) procedente de esos años (Venet. B) afirma que la dietética, fundada principalmente por Heródico, fue luego llevada a su perfección por Hipócrates, Praxágoras y Crisipo; con lo cual Hipócrates aparece ante el lector como el **único** médico de su generación —Praxágoras y Crisipo son medio siglo posteriores a él— que ha realizado una hazaña importante en la historia del arte de curar.

3.º Sólo al final del helenismo, y como secuela de una tendencia general de la época —la atribución de la invención de un arte o una ciencia a un sólo hombre, y por tanto a un solo nombre— comienza esa mitificación o heroización de Hipócrates de Cos de que son muestra y testimonio las expresiones más arriba citadas. No por azar es también entonces cuando los eruditos alejandrinos comienzan a llamar "hipocráticos" a todos los escritos médicos anónimos de los siglos V y IV. Hipócrates, en suma, no habría pasado de ser uno de tantos entre los médicos más o menos famosos —Heródico, Eurifonte, Ctesias, Filistión, etc.— de la Grecia del siglo V y los primeros decenios del IV.

Pasada la ola de la filología hipercrítica, ¿qué pensar hoy acerca de la fama y de la realidad de Hipócrates? Dando por cierta esa desmesurada mitificación de su figura por parte de los compiladores y comentaristas alejandrinos, tratemos de examinar con detalle y valorar con acierto los testimonios más antiguos sobre la persona del futuro "Padre de la Medicina"; es decir, los textos que tienen como autores a Platón, Aristóteles y Menón, el discípulo de Aristóteles que compuso el Anónimo Londinense.

I. Dos veces menciona Platón a Hipócrates: la primera en un diálogo de su juventud, el **Protágoras**; la segunda en otro de su más plena madurez, el **Fedro.**

Debió de ser compuesto el **Protágoras** poco después del año 400, cuando Hipócrates andaba en torno a los sesenta años. En él cuenta Sócrates a un amigo suyo que el sabio Protágoras de Abdera acaba de llegar a Atenas. Avisado por Hipócrates, joven ateniense a quien quema el deseo de conocer y escuchar al famoso sofista, Sócrates se dispone a visitarle en la casa de Calias, donde Protágoras se hospeda; y cuando sale el sol, porque era todavía de noche cuando el impaciente Hipócrates llamó a la puerta de su maestro, éste le hace reflexionar acerca de lo que en realidad puede un hombre aprender del sofista de Abdera. He aquí el diálogo entre ambos: "Si tuvieses la intención de acudir a tu homónimo Hipócrates de Cos, el Asclepíada, con el fin de darle dinero como salario al servicio de un propósito personal, y si alguien te pre-

guntase. Dime, Hipócrates, ¿en concepto de qué vas a dar ese dinero a Hipócrates?. ¿qué responderías tú? Yo diría que por su condición de médico. Y si tuvieses el proyecto de dirigirte a Policleto de Argos y a Fidias de Atenas llevándoles un salario para conseguir algo de ellos y se te preguntara ¿A título de qué has pensado dar ese dinero a Policletos y a Fidias?, ¿qué responderías tú? Yo diría que a título de escultores (**Protag.** 311 bc). Lo cual indicaría que la importancia de Hipócrates de Cos como médico es equiparable en la mente de Platón a la de Fidias y Policleto como escultores. Tal ha sido en nuestro siglo la concordante opinión de A. Nelson (2), K. Deichgräber (3) y Joh. Mewaldt (4).

No es este el sentir de Edelstein. Platón citaría en el texto transcrito a Hipócrates de Cos no por ser éste el médico más representativo de aquella Grecia, sino por la conjunción de las dos siguientes razones: 1.ª La relativa fama de Hipócrates como médico en los medios más cultivados del mundo helénico. 2.ª La casual homonimia del mozo ateniense y el esclepíada de Cos; por tanto, un motivo puramente ocasional y personal, como respecto de la mención de personas acontece, dentro de otros diálogos platónicos, en trances semejantes a éste. En el **Fedro,** por ejemplo, son nombrados en el curso de una argumentación, y unos a continuación de otros, Sófocles y Eurípides como trágicos y Erixímaco y Acúmenes como médicos. ¿Podría deducirse de ello que para Platón son estos dos últimos en el cultivo de la medicina lo que los dos primeros en el de la tragedia? No; Platón nombra a título de ejemplo estos dos médicos y no otros, porque los dos son amigos de Fedro, su ocasional interlocutor. Conclusión: para Platón, Hipócrates era entonces, sí, un médico famoso, mas no el sumo representante de la medicina.

Debo confesar que estas observaciones de Edelstein, indudablemente agudas, no me parecen enteramente demostrativas. En el pasaje del **Fedro** que él aduce (268 ad), Sócrates invoca el nombre del médico Erixímaco, camarada de su interlocutor, y el de Acúmenes, médico también y padre de Erixímaco, no más que para resolver una cuestión harto trivial: si el simple hecho de saber que tal fármaco es vomitivo y tal otro es purgante puede ser o no ser razón suficiente para que un sujeto se llame a sí mismo médico y sea, en consecuencia, capaz de curar a los enfermos y de enseñar seriamente medicina a quienes deseen aprenderla. En el del **Protágoras,** en cambio, Hipócrates es mencionado como técnico apto para introducir a sus discípulos en los fundamentos y en los secretos del arte de curar, como Fidias y Policleto en los del arte de esculpir y Protágoras en los del arte de convencer; por tanto, como un verdadero maestro en aquello que practica, e incluso como el maestro por excelencia. Es razonable pensar, por tanto, que la equiparación de Hipócrates como médico, Fidias y Policleto como escultores y Protágoras como sofista latía en la mente del Platón joven.

Tanto más habremos de pensarlo, si al lado de esa página del **Protágoras** ponemos la tan comentada del **Fedro** en que Platón, ya en la plenitud de su talento, en torno, por tanto, al año en que Hipócrates moría en Larisa (¿375?), nombra otra vez al gran esclepíada de Cos. Sócrates y Fedro dialogan entre sí acerca de la retórica y sobre lo que el estudio de ésta requiere para llegar a ser una verdadera **tékhnê,** un saber práctico verdaderamente racional. Para orientar la indagación, Sócrates afirma que la retórica y la medicina tienen un mismo carácter. En ambas hay que analizar **(dielésthai)** una naturaleza, la del cuerpo en el caso de la medicina y la del alma en el de la retórica, puesto que es el cuerpo lo que debe sanar el remedio del médico y el alma lo que debe modificar la palabra del orador. Ahora bien: la naturaleza del alma, obser-

(2) A. Nelson, *Die hippokratische Schrift «perì physôs»*, Upsala, 1909.

(3) K. Deichgräber, «Die Epidemien und das Corpus Hippokraticum», *Abhandlungen der Preussischen Akademie der Wissen-schaften* (Berlín, 1933).

(4) Joh. Mewaldt, *Deutsche Literatur Zeitung* (1932), 260.

va Sócrates, no es posible conocerla rectamente sin tener en cuenta la naturaleza del todo (**physis tou hólou**). A lo cual responde Fedro: "Pues si hemos de creer a Hipócrates el Asclepíada, ni aún la del cuerpo podría entenderse sin seguir ese método". Sócrates asiente: "Hipócrates tiene razón, camarada. Con todo, hemos de examinar, más allá de Hipócrates, la razón misma, para ver si ésta concuerda con él". Y a continuación expone lo que en su opinión dicen Hipócrates y la razón verdadera (**alêthês lógos**) acerca del buen método para conocer la naturaleza del cuerpo y del alma. (**Fedro**, 270 b d).

Este famoso texto encierra cuestiones de fondo —significado real de ese "analizar" (**dielésthai**), sentido auténtico de ese "todo" (**hólon**), presencia o ausencia del método que se atribuye a Hipócrates en los escritos del **Corpus Hippocraticum**, etc.—, cuya elucidación ha hecho correr ríos de tinta. No debo tocar aquí tan controvertidos y sutiles problemas (5). Desde el único punto de vista que ahora nos importa, el prestigio real de Hipócrates en la Grecia culta de la primera mitad del siglo IV, ¿qué puede decirnos esta segunda mención platónica del asclepíada de Cos?

Después de un detenido examen del contexto en que están inscritos los párrafos mencionados, Edelstein viene a concluir lo siguiente: 1.º. Quien cita la autoridad de Hipócrates no es el maestro Sócrates, sino el aprendiz Fedro. 2.º El criterio decisivo para resolver el problema debatido no es para Sócrates la autoridad de Hipócrates, sino la "razón verdadera"; que el método atribuído al asclepíada de Cos coincida con ésta es ahora cosa secundaria, porque Sócrates quiere moverse, expresamente lo dice, **pros tô Hippokrátei**, "más allá de Hipócrates". 3.º Platón, que conocía el pensamiento de otros muchos médicos griegos —baste recordar el contenido del **Timeo**—, en modo alguno muestra con esa mención, que para él fuera Hipócrates "el" fundador y representante de la medicina científica.

Debo confesar que estos reparos de Edelstein me parecen sobremanera artificiosos. Es natural que Platón, auténtico filósofo, anteponga el recto y verdadero conocimiento de las cosas, la "opinión verdadera y conforme a razón" que en su esencia misma es la ciencia (**Teet.** 201 c), a cualquier argumento de autoridad, y que atribuya esta misma actitud mental a su maestro Sócrates; pero consideradas desde un punto de vista puramente social esa cita de Fedro y la ulterior aceptación que de su contenido hace Sócrates, puesto que la opinión ahora atribuida a Hipócrates viene a coincidir con el dictado de la "razón verdadera", el simple buen sentido obliga a concluir: 1.º. Que desde un punto de vista no sólo médico, también intelectual, el asclepíada Hipócrates de Cos gozaba entonces del máximo prestigio en los círculos cultivados de todo el mundo griego. 2.º Que su método para conocer científicamente la naturaleza —cualquiera que sea nuestro juicio acerca de la presencia real de ese método en los escritos del **Corpus Hippocraticum**— era susceptible de confirmación por la "razón verdadera" y podía servir de modelo para la identificación de una retórica real y verdaderamente científica: la medicina, precoz adelantada en su constitución como verdadera **tékhnê** o "arte", podía ser a comienzos del siglo IV un paradigma para las restantes **tékhnai**. 3.º Que la invención del método por el cual la medicina ya había llegado a ser una "técnica científica" era comúnmente atribuído a Hipócrates de Cos en la Grecia culta de la primera mitad del siglo IV.

Si ahora juntamos el testimonio del **Protágoras** con el del **Fedro**, ¿cabe negar que ya durante el último tercio de la vida de Hipócrates éste fue para el común de los griegos ilustrados —téngase en cuenta, por añadidura que nuestro asclepíada nunca

(5) El lector a quien interesen, puede leer las páginas a ellos dedicada en mi libro *La medicina hipocrática* (Madrid, 1970). Allí queda también consignada la oportuna bibliografía.

estuvo en Atenas—, sino el fundador de la medicina científica, si el cultivador más calificado y representativo de ella?

II. A la misma conclusión debe llegarse, pese a la hipercrítica sutileza de Edelstein, considerando sin prejuicios el texto de la **Política** de Aristóteles en que éste nombra a Hipócrates. Discute el Estagirita la cuestión de qué ciudades deben ser llamadas "grandes" y cuáles "pequeñas", y después de distinguir entre el "tamaño" de la ciudad (el número de sus habitantes) y su "potencia" (la energía y la perfección con que la ciudad cumple sus funciones propias), explica su pensamiento con estas palabras: "Hay también, en efecto, una obra o función **(érgon)** de la ciudad, y la que mejor la realice, esa debe ser considerada la más grande, lo mismo que puede decirse que Hipócrates es más grande, no como hombre, sino como médico, que otro que le aventaje en estatura" **(Polit.** VII, 1326 a). Apoyado sobre un hecho comúnmente conocido entre los griegos del siglo IV, que Hipócrates fue hombre de escasa estatura, Aristóteles habría apelado a ese ejemplo tanto para ilustrar la posibilidad de que un médico sea llamado "grande" por la magnitud de su cuerpo o por la excelencia de su saber, como para hacer sonreír a sus lectores con una agudeza ingeniosa y oportuna. De esta historia puede sin duda concluirse —afirma Edelstein— que Hipócrates era todavía famoso en tiempo de Aristóteles; "pero no se debe ir más allá y decir, sobre estas palabras como fundamento, que Aristóteles llama a Hipócrates **el** gran médico, como siempre se hace (6). Lo que Aristóteles pensaba de Hipócrates en cuanto médico y cómo juzgaba su doctrina, eso queda incierto, por lo menos a la vista de esta particular expresión suya" (7).

Pienso que Edelstein, impulsado por su vigoroso y acerado espíritu revisionista de las convenciones tradicionales, y más cuando éstas son mitificadoras y venerativas, concede en su interpretación de ese texto bastante menos de lo que parece razonable conceder. Desde un punto de vista puramente literal no debe ser indiferente para la exégesis que la apelación al ejemplo venga tras una frase en que explícitamente se **propone** la cuestión de cual es "la más grande", la "máxima" **(mégistê)** de las ciudades: dentro de ese contexto es donde comparativamente se afirma que el asclepíada de Cos es "más grande" **(meizô)** como médico, no como hombre, que quien **(an tis;** se entiende: más grande que otro médico cualquiera (8)) pueda aventajarle en altura. Siendo por su estatura (como hombre) más pequeño que muchos, Hipócrates es por su saber técnico (como médico) más grande que otro cualquiera; tal es a mi juicio el real sentido de esta ocasional ingeniosidad de Aristóteles. No parece ilícito suponer, por tanto, que para el Estagirita era Hipócrates el médico griego por excelencia, y no sólo un buen médico en el que lúdicamente se le ocurre entonces pensar por el hecho de haber sido corto de talla.

III. El año 1892, Sir Frederic Kenyon dio a conocer su descubrimiento, entre los fondos del British Museum, de un papiro de más de mil novecientas líneas, desde entonces llamado **Anonymus Londinensis,** compuesto en sus partes más importantes por Menón, un discípulo de Aristóteles. Era, sin duda, la colección de noticias médicas que en su comentario al escrito hipocrático "Sobre la naturaleza del hombre" llama Galeno **Menôneia** (K. XV. 25). Editado críticamente por Diels en 1893 **(Hermes,** XXVIII), traducido luego al alemán por Beckh y Spät **(Janus,** 1896, y Berlín, 1897), ha sido difundido más recientemente por una cuidada edición grecoinglesa de W. H. S. Jones (9).

(6) Así Joh. Mewaldt, *Deutsche Literatur Zeitung* (1932), 261.

(7) «*Perì aérôn*» *und die Sammlung der hippokratischen Schriften,* pág. 122. Lo mismo en el citado volumen de la *Realencyklopädie* de Pauly-Wissova, cols. 1325-1326.

(8) «*Grösser als jemanden*», traduce Rolfer (*Philisophische Bibliothek* de Meiner).

(9) *The Medical Writtings of Anonymus Londinensis,* by W. H. S. Jones, Cambridge University Press, 1947; reimpreso por A. M. Hakket (Amsterdam, 1969).

El mutilado y a veces confuso texto del Anónimo Londinense expone de modo más o menos extenso la doctrina de veinte médicos de la Antigüedad griega, entre ellos Hipócrates. Respecto de este último, la importancia del manuscrito concierne, por tanto, más a su personal pensamiento que a su fama (10). Con todo, de algo nos sirve este escrito en relación con nuestro problema. En primer lugar, por la mayor extensión que en él se dedica a la doctrina médica de nuestro autor; en segundo, porque un examen atento de sus palabras permite atribuir a Hipócrates un pensamiento nosológico bastante más amplio y rico que el de todos los restantes médicos junto a él mencionados. Veámoslo con algún detalle.

Según el Anónimo Londinense, Hipócrates explicó la enfermedad como una alteración morbosa del flujo del neuma a través de los canales por los que en el cuerpo se mueve **(dysrroia)**. El neuma sería para él la parte más importante **(kyriotaton)** del organismo (IV, 17 y 30). ¿Quiere esto decir que la visión humoral de la naturaleza del hombre y de la enfermedad fue ajena al pensamiento de Hipócrates? ¿Habremos de suponer, con Diels, que Menón alude a una obra falsamente atribuída a Hipócrates por Aristóteles, o pensar, con Edelstein, que el Anónimo Londinense es la única fuente segura respecto a las concepciones nosológicas de aquél, y por tanto que la patología de Hipócrates fue pura y exclusivamente neumática? No lo creo. Con sus palabras y con sus lagunas, el propio texto del manuscrito permite, a mi juicio, una visión más amplia del problema. Después de exponer sumariamente la patología neumática de Hipócrates, Menón escribe: "Esto es lo que Aristóteles opina acerca de Hipócrates. Pero lo que el mismo Hipócrates dice es que las enfermedades se producen por las diferencias en los componentes elementales **(physeôn)** del cuerpo humano". Viene a continuación una mutilación del texto, y tras ella frases entrecortadas en que se habla de la sangre, la bilis y la pituita (VI, 43-VII, 10) (11). Y al final del párrafo, esta frase: "Debe decirse, sin embargo, que lo que Aristóteles afirma de él no concuerda con los asertos del propio Hipócrates sobre la génesis de las enfermedades" (VII, 37-39). Con esa grave laguna ante los ojos y teniendo en cuenta, por añadidura, las palabras que inmediatamente la preceden e inmediatamente vienen tras ella, ¿podemos lícitamente sostener que el patólogo Hipócrates de Cos se atuvo a una visión puramente neumática y solidista, no humoral, de la naturaleza y las enfermedades del hombre? No: cualquiera que fuese su modo de combinarla con esa idea del neuma, Hipócrates tuvo **también** como suya la doctrina humoral; y sin entrar en juicios de orden estimativo, el texto del Anónimo Londinense nos hace ver que la mente del máximo asclepíada de Cos era la más amplia y articulada entre todas las que el relato de Menón históricamente considera.

IV. ¿Qué pensar, según todo lo expuesto, acerca del prestigio de Hipócrates en el mundo griego del siglo IV, esto es, ya en la última parte de la vida del gran médico y en los decenios subsiguientes a su muerte? ¿Qué él fue fundador y padre de la medicina científica, como tan resueltamente proclamará luego la desorbitada mitificación de su obra y de su nombre por parte de los eruditos y los médicos alejandrinos? Por supuesto que no. La medicina científica o "fisiológica" —esto es, la medicina basada en un conocimiento racional de la **physis**, en la **physiología**— nació en el filo de los siglos VI y V por obra de toda una pléyade de médicos, de los cuales el más antiguo e importante, en cuanto de ellos tenemos noticia, fue Alcmeón de Crotona. Pero el testimonio conjunto de Platón y Aristóteles y la letra misma del Anónimo Londinense

(10) Quede meramente aludida la cuestión de si este «Hipócrates» de que habla Menón es «el grande» o —como sugirió Wellman, *Hermes*, LXXI, 1926— el hijo de Tesalo. La opinión hoy dominante es que se trata del primero del Hipócrates por antonomasia.

(11) Sigo la lección y la versión de Jones —así como sus observaciones a Fredrich, *De libro «perì physiôs anthrôpou» pseudippocrateo*, Göttingen, 1894, acerca del término *physeôn*— en su ya citada edición del Anónimo Londinense (pág. 39, nota 45).

nos permiten afirmar que la figura de Hipócrates de Cos era desde el comienzo del siglo IV, y acaso ya en los últimos lustros del siglo V, la más prestigiosa entre todas las que hasta entonces habían descollado en la medicina helénica. No puede extrañar, en consecuencia, que el escolio protoalejandrino antes mencionado destaque a Hipócrates entre todos sus coetáneos, o que Celso le llame lapidariamente **primus ex omnibus memoria dignis.**

Todo lo cual, varias veces lo he dicho, no alcanza a justificar esa desmesurada mitificación alejandrina del maestro de Cos, aunque en alguna medida contribuyera a explicarla, y deja abierta, por otra parte, la espinosa cuestión filológica de si puede o no puede ser directa y razonablemente atribuído a la personal minerva de Hipócrates alguno de los escritos reunidos en el **Corpus** que convencionalmente todos seguimos designando con su nombre. Ahora sólo quería yo tratar de la fama inicial de Hipócrates, no de su posible obra escrita. El problema que la realidad de ésta plantea hoy a los filólogos y a los historiadores de la medicina es ya, como dice el consabido tópico de Kipling, otra historia.

(12) De nuevo remito al lector interesado por el tema a mi libro *La medicina hipocrática* (Madrid, 1970). En él encontrará, junto a una exposición de ese problema, las correspondientes indicaciones bibliográficas.